



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El americanismo de la revista *Sur*

Autor: Pasternac, Nora

Forma sugerida de citar: Pasternac, N. (1988). El americanismo de la revista *Sur*. *Cuadernos Americanos*, 3(9), 198-209.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 9, (mayo-junio de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL AMERICANISMO DE LA REVISTA SUR

Por Nora PASTERNAK
UNAM, MÉXICO

ESTE TÍTULO puede parecer provocativo porque la revista *Sur*¹ ha sido caracterizada casi siempre como una publicación "europeísta" y que da "la espalda al país", es decir, a la Argentina.²

¹ La revista *Sur* apareció por primera vez en Buenos Aires en enero de 1931. Ese año salieron cuatro números; en 1932 se publicaron sólo dos y siguieron tres números más en 1933 y 1934. Entre julio de 1934 y julio de 1935 no se publicó ninguno. Después, *Sur* apareció mensualmente hasta fines de 1953, luego bimensualmente desde 1953 hasta 1972. Desde entonces hasta el presente han aparecido números especiales a intervalos irregulares, aunque con un ritmo aproximado de dos por año. Su fundadora y directora fue Victoria Ocampo (1890-1979). Desde el primer número hay un comité de redacción argentino formado por Jorge Luis Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, Matía Rosa Oliver y Guillermo de Torre y un "consejo extranjero" integrado por Ernest Ansermet, Pierre Drieu la Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jules Supervielle y José Ortega y Gasset.

² Transcribo sólo dos citas bastante características, entre las muchas que se podrían escoger. Como se podrá comprobar, ambas presentan distintos grados de agresividad: "Nuestros intelectuales traducen pasiones ajenas: desarraigados, sin atmósfera —sombras de una decadencia o de una sabiduría que otros vivieron. De ahí que la literatura argentina posea este carácter gris, igualitario y pedante que aburre o indigna. Sólo así puede valorarse el papel jugado por Victoria Ocampo en nuestra vida literaria. El bilingüismo de un Borges o de la directora de *Sur* no es sólo su definición, sino la cifra de su esterilidad. No hay una sola página de Borges que se desarrolle íntegramente en nuestro idioma. Comparten los honores de sus cláusulas perfectas y vacías el francés, el inglés, el alemán y el latín. Toda la obra de Borges —semidió de esta inteligencia extranjera— es una literatura cosmopolita. (Jorge Abelardo Ramos, *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Coyoacán, 1961, (1a. edición, 1954), p. 19".

Es una revista sin duda interesante y hasta necesaria, pero —esto no es un cargo, es un hecho— no hará falta consultarla para escribir la historia de nuestra literatura en los últimos años, siendo perfectamente lógico que sus jóvenes lectores hayan llegado a creer que la literatura argentina se

Tal vez esta caracterización sea correcta, puesto que en sus propósitos y a lo largo de su historia *Sur* dio un gran lugar a la difusión de la literatura europea y a su traducción en la editorial formada paralelamente a la revista. Pero lo cierto es que desde el comienzo hay insistentes declaraciones de la fundadora y directora, Victoria Ocampo, y constantes menciones de otros colaboradores que podrían caratularse bajo el título de "americanismo".

Me propongo analizar sólo unos pocos textos de los primeros años de *Sur* que se relacionan con lo que podemos llamar americanismo; intentaré hacer un paralelo de ellos con algunos textos más generales de la historia de las ideas que parecen constituir una suerte de genealogía ideológica y finalmente trataré de sacar alguna conclusión sobre lo que podríamos llamar un "proyecto cultural", quitándole a esta palabra cualquier connotación de complot o confabulación, y tomándola sólo en el sentido de aquello que *a priori*, o a veces *a posteriori*, da coherencia a un grupo en el interior del campo cultural.³

Veamos los textos. En 1930, unos meses antes de publicar el primer número de la revista, Victoria Ocampo, que llevaba mucho tiempo consultando y discutiendo el tema con algunos escritores, escribe a su amigo José Ortega y Gasset:

Mi proyecto, hélo aquí: publicar una revista trimestral que se ocuparía principalmente del problema americano, bajo todos sus aspectos, y en la que colaborarían los americanos que tengan algo adentro y los europeos que se interesen en América. El leit-motif de la revista sería ése pero, por supuesto, se tratarán temas de otra índole.⁴

Es decir, un proyecto de "tender un puente" entre ambos continentes pero en igualdad de condiciones y con el interés principal centrado en lo americano.

Sin embargo, en la misma carta leemos lo siguiente:

Estos quince días en New York y este descenso a lo largo de las costas pacíficas me han instruido singularmente. Los días pasados

compone de Camus, Borges y Lanza del Vasto" (Bernardo Verbitsky, "Proposiciones para un mejor planteo de nuestra literatura", en *Ficción*, Buenos Aires, (1958), p. 19).

³ Uso el término de "campo intelectual" en el sentido preciso que le da el sociólogo Pierre Bourdieu. Véase "Champ intellectuel et projet créateur", en *Les Temps Modernes*, núm. 295 (1971), pp. 1345-1378.

⁴ "Carta a José Ortega y Gasset", del 19 de julio de 1930, en *Sur*, núm. 347, (1980), p. 144.

frente a los paisajes lunares de Talara, Antofagasta, Chañaral, Mollendo, etc., han sido para mí temas de saludable meditación.

No es de esto que deseo hablarte por el momento, pero sí de la Revista. Se trata siempre de lanzarse en esta empresa y he aquí lo que he pensado: el paisaje literario que tengo ante mis ojos se parece bastante a Talara, Antofagasta, Chañaral, Mollendo... Aquí un paréntesis: Después de una hora de paseo por las calles de Antofagasta regresé al Santa Clara y me encerré en mi camarote. Allí hice girar los discos de Debussy y metí la cabeza en el fonógrafo durante una hora sin parar. No tuve el menor síntoma de "puna" al cruzar las ciudades que se bañan en el Pacífico. Debussy = Oxígeno = Europa.⁵

Termino estas citas con la frase final de la carta: "Nuestra ciudad mira hacia el Atlántico: símbolo. Bueno".⁶

Resumiendo, tenemos aquí lo siguiente: la revista se ocupará del problema americano, el paisaje cultural es un desierto o una zona sin oxígeno, el oxígeno viene de Europa. Pero entretrejida con esta argumentación aparece la distinción entre la costa atlántica de América y la costa del Pacífico. Esta distinción recuerda las teorías del avance de la civilización de Oriente hacia Occidente y las diferencias de desarrollo cultural que produce el hecho de que las costas atlánticas de América estén comunicadas directamente con Europa. Esta tesis aparece varias veces expuesta y debatida en la revista *Sur*. Cito una sola versión entre varias, por ejemplo, la de Germán Arciniegas, que es muy explícita:

Me parece que nosotros acentuamos demasiado la diferencia entre la América del Norte y la América del Sur. Esta diferencia es más —creo yo— geográfica que espiritual. Pero hay otras dos Américas que la geografía no ha contemplado: la América Oriental y la América Occidental. Si nosotros observamos en la América oriental todas las ciudades que la caracterizan —Nueva York, La Habana, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires—, vemos que son ciudades de corte muy europeo, y que han vivido siempre mirando a Europa. El Atlántico, en realidad es para ellas un charco, un Canal de la Mancha, un estrecho cada vez más fácil de cruzar. Por eso el argentino, lo mismo que el brasileño, el uruguayo o el neoyorquino, mira mucho más fácilmente a Europa que a lo que tiene a sus espaldas, que es la América occidental.

La América occidental, desde California hasta Chile, es una Amé-

⁵ *Ibid.*, p. 143.

⁶ *Ibid.*, p. 146.

rica en donde se ha concretado más una tradición española; es una América que se ha replegado en sí misma.⁷

Los antecedentes de estas concepciones geográficas son muy antiguos y se reconocen en estas citas los restos de las viejas teorías heliodrómicas que hasta mediados del siglo XIX explicaban la historia universal mediante una gran flecha que se trazaba sobre el planisferio de derecha a izquierda, es decir que la racionalidad de la historia estaba en un proceso que iba del Este al Oeste.⁸

Sin embargo, al mismo tiempo, no faltan representantes de la polémica geográfica Norte-Sur, como por ejemplo el norteamericano Waldo Frank: "Tras los símbolos del oro y de la máquina se ocultan conceptos de la persona; y la realización de estos conceptos son la América anglosajona y la América hispana, donde los hombres viven hoy".⁹

Me he detenido en estos detalles porque completan el particular conjunto complejo de ideas sobre América que la revista *Sur* va a sostener y difundir, y que se caracteriza por una reflexión que elude con persistencia una consideración política, social o económica de las relaciones entre Europa y América así como entre América del Norte y América del Sur.

Unos meses después de aquella carta de Victoria Ocampo a Ortega y Gasset que mencioné en primer lugar, sale a la venta el número inicial de la revista *Sur* (enero de 1931). En ese primer número no hay ningún editorial, manifiesto o declaración liminar; en cambio, hay una carta de la directora a Waldo Frank que retomaré más adelante. Antes describiré rápidamente el índice del Número Uno de *Sur* porque es bastante representativo de lo que será la revista en el futuro.

Aparte de esa especie de introducción o declaración de Victoria Ocampo en forma de carta a Waldo Frank, el propio Frank escribe sobre "La selva", del Brasil, naturalmente; Drieu la Rochelle escribe una "Carta a unos desconocidos"; Alfonso Reyes "Compás poético"; Jules Supervielle "Nota de viaje a Ouro Preto"; Eugenio D'Ors un artículo sobre "Los cuatro órdenes de la archi-

⁷ Germán Arciniegas, "Debates sobre temas sociológicos. Relaciones Interamericanas", en *Sur*, núm. 72 (1940), p. 103.

⁸ Es una de las tesis de Hegel en *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 (1a. edición alemana, 1837). Para un mayor desarrollo de estos problemas véase: Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*, México, FCE, 1982, esp. pp. 177-180 y 669 ss.

⁹ Waldo Frank, "El mundo atlántico", en *Sur*, núm. 4 (1931), pp. 20-21.

teitura picassiana"; se publica por primera vez un "Epistolario" de Ricardo Güiraldes; Ernest Ansermet escribe sobre los "Problemas del compositor americano"; Jorge Luis Borges sobre "El coronel Ascasubi", y hay un artículo de Walter Gropius sobre "El teatro total". El número se completa con notas y reseñas donde los temas de los artículos de fondo se repiten.

Volviendo entonces al artículo de Victoria Ocampo en este primer número, vemos que se trata de lo que podríamos llamar una "versión optimista" del problema americano, es decir, América inocente y joven:

Drieu decía: "Frank y Victoria son capaces de pasar a través de todo esto sin inmutarse: son dos inocentes" ... Drieu quería decir que somos americanos, Waldo, y que en nosotros la inocencia es todavía auténtica. Que puede, por consiguiente, hacer milagros... Yo pensaba que si América es joven el mundo no lo es...¹⁰

Citando a Waldo Frank, Victoria Ocampo nos dice también que América necesita todavía ser comprendida y explicada. América es un "oculto tesoro", América es un gigante inquieto "pero todavía sin palabras".

En cambio, también desde el primer número está la "versión pesimista" que es la de Alfonso Reyes y que se expresa así: "América como hecho patético". En una nota titulada "Un paso de América",¹¹ Alfonso Reyes menciona las "fatalidades" de los intelectuales de su generación. La primera fatalidad es ontológica y compartida por toda la humanidad: ser hombres. La segunda es "haber llegado muy tarde a un mundo viejo". La tercera, "encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no es foco actual de la civilización, hijo de la sucursal del mundo". La cuarta, "Ya que se era americano, otro handicap en la carrera de la vida era ser latino". Quinto, "Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad de él pertenecer al orbe hispánico". Sexto, "dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con un guioncito como con cadena". Séptimo, "Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio" (para ser justos con Alfonso Reyes, que era embajador de México en Buenos Aires, completemos el párrafo: "El indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza").

¹⁰ *Sur*, núm. 1 (1931), p. 12.

¹¹ *Ibid.*, pp. 149-158.

Octavo, "Dentro de esta región, los que todavía más cerca me quedan tenían motivos para afligirse de haber nacido en la peligrosa vecindad de una nación pujante y plétórica". Después de esta enumeración, el artículo de Reyes termina con una nota de esperanza en la "mayoría de edad" de los americanos.

En un texto publicado unos meses más tarde en la revista, Alfonso Reyes desarrolla todavía el tema del dolor de ser americano y de lo "incompleto" del hombre americano. En una suerte de ficción socrática que él llama "Arranque de novela", Alfonso Reyes presenta a dos melancólicos personajes, exiliados porfirianos que viven en París y se interrogan sobre su condición de americanos:

—El mestizo anda en dos caballos,

—Y cada uno tira por su lado.

—Cada uno a su pesebre.

—¿Usted sabe lo que es sufrir cuando revienta la muela del juicio?

—Ni sabría que las tengo, si no me lo hubiera dicho la gente.

—Pero yo, como los indios, indio yo mismo por mitad, tengo un maxilar sin capacidad suficiente, sin sitio para la muela del juicio. Porque los indios, don Juan Antonio, no tienen muela del juicio... Las pobres muelas europeas se abrieron sitio como pudieron, y creo que pudieron mal. Y las pobres nociones europeas rechinan y truenan asimismo dentro de mi cráneo.¹²

Es decir, si son americanos puros, o sea indios, están "incompletos" con respecto a los europeos, pues les "falta" la muela del juicio. Y si se trata de mestizo de indio y europeo, la síntesis, es decir la unidad, no se realiza fácilmente o es problemática.

Y en un artículo escrito un poco más tarde, Reyes nos da la siguiente descripción del escritor americano como salido de un magma originario, comparándolo con la relativa facilidad de existencia del intelectual europeo:

Nace el escritor europeo como en el piso más alto de la torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra.¹³

¹² Alfonso Reyes, "Los dos augures", en *Sur*, núm. 3 (1931), pp 41-42.

¹³ Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", en *Sur*, núm. 24 (1936), p. 12.

Y aunque Victoria Ocampo representa la versión optimista del hecho americano, desarrolla casi exactamente los mismos motivos en su artículo "Palabras francesas". Defendiéndose de la acusación de "snobismo", escribe:

Lo que toman por una comedia es más bien un drama. Y este drama tiene un carácter violentamente americano . . . La consecuencia que saco de mis reflexiones sobre este tema es que nada de esto habría ocurrido si yo no hubiera sido esencialmente americana. Si yo no hubiera sido esencialmente americana yo no habría hablado un español empobrecido, impropio para expresar todo matiz y no me habría negado al español de ultramar. . .

Si no hubiera sido americana, en fin, no experimentaría tampoco, probablemente, esta sed de explicar, de explicarnos y de explicarme. En Europa, cuando una cosa se produce diríase que está explicada de antemano. Cada acontecimiento nos hace la impresión de llevar, desde su nacimiento, un brazalet de identidad. Entra en un casillero. Aquí, por el contrario, cada cosa, cada acontecimiento, es sospechoso y sospechable de ser aquello que no tiene traza. Necesitamos mirarlo de arriba abajo para tratar de identificarlo y a veces cuando intentamos aplicarle las explicaciones que casos análogos recibirían en Europa, comprobamos que no sirven.¹⁴

Y para completar este diálogo de textos, Waldo Frank, tan lleno de confianza con respecto a América, dice en sus memorias lo siguiente, al hablar de sus encuentros con intelectuales europeos, por los que además había sido extraordinariamente bien recibido en los años veinte en París:

Yo estaba en una sala poblada de invitados: franceses, ingleses, alemanes, italianos y unos pocos argentinos, peruanos, colombianos. ¿Qué podríamos tener en común? Parecían compartir empero una cualidad, un secreto, en razón del cual los sentía más próximos a mí, más próximos que los europeos. ¿Qué podía ser, además del engaño de la geografía? ¿Acaso ellos eran "americanos"? ¿Qué era América, en verdad, sino un nombre equivocado?

Yo tenía una clave para explicar el significado de lo que sentía. Los italianos, ingleses, franceses, irlandeses, me parecían *completos*. Lo que eran o lo que serían ya estaba allí, activo en ellos. Los americanos estaban *incompletos* ante sus propios ojos y ante los ojos de sus congéneres.¹⁵

¹⁴ Victoria Ocampo, "Palabras francesas", en *Sur*, núm. 3 (1931), pp. 8, 23 y 24.

¹⁵ Waldo Frank, *Memorias*, Buenos Aires, Sur, 1975, p. 221. La fi-

Al comienzo de este trabajo yo mencionaba la existencia de una genealogía para esta visión de lo americano. Y esta genealogía se encuentra formulada en las consideraciones de Hegel sobre América.

No quiero decir con esto que Hegel haya sido conocido sistemáticamente, tal vez ni siquiera fue sistemáticamente leído por estos autores, o quizá sus ideas circulaban de manera indirecta,¹⁶ pero lo cierto es que sus ecos están allí.

Hegel es quien da una forma filosófica consagrada a las tesis sobre la "inmadurez" y la "impotencia" de América, tesis que extiende de la naturaleza del continente a sus hombres. Hegel expone estas tesis fundamentalmente en la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio* (1817) y la retoma en su madurez en *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Me apoyaré sobre todo en este último libro por razones de brevedad, pero debemos tener presentes, además de la *Enciclopedia* y las *Lecciones*, las ideas de Hegel sobre la naturaleza y la sociedad sostenidas en forma sistemática en toda su obra.

Para Hegel "el mundo se divide en el Viejo y el Nuevo Mundo". En el Viejo Mundo están incluidas Asia, África y Europa. En el razonamiento de Hegel, que no podemos exponer *in extenso* aquí, desde Asia vino la civilización que se asentó definitivamente en la zona templada de Europa, en especial en el norte de Europa, Alemania, como manifestación del Espíritu en una historia realizada. América es un hecho natural y la naturaleza, para Hegel, es

gura de Waldo Frank (nacido en Nueva Jersey en 1889 y muerto en Nueva York en 1967) es muy interesante para nuestro tema pero no podemos extendernos demasiado sobre él. Hoy es casi una figura olvidada en Estados Unidos pero antes de la Segunda Guerra Mundial era un intelectual de izquierda muy activo. Tuvo una gran influencia sobre el "grupo Sur" y entre los intelectuales hispanoamericanos de esos años, así como también sobre algunos círculos franceses. Sobre su simpatía por el mundo hispano pueden consultarse particularmente: *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drama of a Great People* (1926); *America Hispana: A Portrait and a Prospect* (1931); *Our America* (1929); *Cuba: Prophetic Island* (1961) y muchos otros más sobre tema americano. Además, fue un novelista de considerable éxito y un viajero incansable. En el período entre las dos Guerras Mundiales fue el paradigma de la cultura radical y de las aspiraciones estéticas de toda una generación de escritores, entre los que estaban figuras como Sherwood Anderson, Hart Crane, Alfred Stieglitz, Lewis Mumford, etcétera.

¹⁶ Ortega y Gasset, que tanta influencia tuvo sobre algunos colaboradores de *Sur* a través de la editorial Revista de Occidente, inaugura su *Biblioteca de historia* precisamente con *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal* de Hegel, en 1928, donde hay un capítulo dedicado explícitamente al Nuevo Mundo.

la anti-historia, lo sensible, lo que no evoluciona. Los aborígenes de América estaban demasiado cerca de la naturaleza y desaparecieron en cuanto el espíritu, es decir, los europeos, se acercaron a ellos:

El Nuevo Mundo quizá haya estado unido antaño a Europa y África. Pero en la época moderna, las tierras del Atlántico, que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos, la perdieron al entrar en contacto con éstos. La conquista del país señaló la ruina de su cultura de la cual conservamos noticias; pero se reducen a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de parecer tan pronto como el espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual ... En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, codrillos, etc.; pero estas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del Viejo Mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el Nuevo Mundo tan nutritivos como los del viejo. Hay en América grandes rebaños de vacunos; pero la carne de vaca europea es considerada allá como un bocado exquisito.¹⁷

A partir de estas consideraciones, la "civilización" sólo puede provenir de Europa, que está definitivamente formada porque ha llenado todos sus vacíos y ha dado origen a Estados que son la realización de la Idea. Norteamérica, por ejemplo, que interesa especialmente a Hegel por su vitalidad y su republicanismo, "sólo podrá ser comparada con Europa cuando ese espacio inmenso que ofrece esté lleno y la sociedad se haya concentrado en sí misma".¹⁸

Por estas razones, Hegel se declara desinteresado por el destino de los Estados americanos que luchan todavía por su independencia: "sólo tiene interés [su] relación externa con Europa". América es una región de "nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa".

A pesar de todo, en estas declaraciones no hay ninguna "acritud" en Hegel y aunque sus concepciones son un reflejo de los "denigradores" de América del siglo xvii (Buffon y de Pauw sobre todo), finalmente no deja de reconocer que "América es el país del porvenir". Con lo cual, paradójicamente, reúne el mito

Hegel, *Lecciones*, p. 171.

¹⁸ *Ibid.*, p. 177.

de una América joven e inmadura con el del Nuevo Mundo como porvenir y esperanza futura para Europa.¹⁹

A pesar de la brevedad de la exposición de las ideas de Hegel sobre América se perciben bien las semejanzas con los textos de los colaboradores de *Sur* citados. Tal vez ahora podamos arriesgarnos a extraer algunas conclusiones. Hay que señalar en primer lugar que el americanismo de la revista *Sur* no implica ninguna teoría política y por consiguiente ningún proyecto político. Tampoco se presenta como una búsqueda sistemática del pasado nacional o continental, para que sirva como inspiración o enseñanza en el presente, ni menos aún como una reacción ante la invasión cultural extranjera.

En cierta manera, sin que sea consciente de una manera filosófica, pero por esa coherencia que arrastran las ideas, hay algo de "hegeliano" en gran parte del proyecto cultural de *Sur*: llenar vacíos importando autores y libros, traduciendo, trayendo conferencistas, difundiendo principalmente a los europeos. Buscar las viejas sabidurías para incorporarlas, completar lo incompleto y llenar los huecos a través del contacto con el exterior y la modernización.

ANTES de terminar quisiera referirme a un caso especial en el que el problema se presenta de manera diferente. Es el caso de Jorge Luis Borges. El artículo que mencionaré está también incluido en el primer número de la revista *Sur*, pero de manera tal vez sintomática no se encuentra colocado entre los artículos de fondo sino en la sección de "Notas" breves y textos cortos dedicados al cine, la pintura y la música que conforman el complemento de la revista.

Se trata de un texto breve llamado "Séneca en las orillas". El enigmático título recubre la celebración de un "género": las inscripciones, poéticas y provocativas, de los carros de caballos del Buenos Aires de los años treinta, usados por vendedores ambulantes o para transportar mercancías antes de que los camiones los reemplazaran. De ellos dice Borges:

Hace tiempo que soy cazador de esas escrituras . . . El proyecto es de retórica, como se ve. Es consabido que los que metodizaron esa disciplina comprendían en ella todos los servicios de la palabra, hasta los irrisorios o humildes del acertijo, del *calembour*, del acróstico,

¹⁹ Antonello Gerbi, *op. cit.*, pp. 527-562.

del anagrama, del laberinto, del laberinto cúbico, de la empresa. Si esta última, que es figura simbólica y no palabra, ha sido admitida entiendo que la inclusión de la sentencia carrera es irreprochable. Es una variante indiana del lema, género que nació en los escudos. Además conviene asimilar a las otras letras la sentencia del carro, para que se desengañe el lector y no espere portentos de mi requisa. ¿Cómo pretenderlos aquí cuando no los hay o nunca los hay en las premeditadas antologías de Menéndez y Pelayo y Palgrave?²⁰

Hay en este pasaje la reivindicación de la lengua popular y criolla como capaz de competir con las más altas empresas de poesía y sobre todo con la literatura española. Pero fundamentalmente transparece una confianza llena de soberbia y sin ningún sentimiento de inferioridad con respecto a la lengua local. En ese sentido Borges, aunque algunas veces criticó al español por "monótono" e incapaz de ofrecer palabras compuestas como el inglés o el alemán, no parece sentir que haya dificultades para la expresión literaria en la lengua "criolla", que puede compararse con "los misterios delicados de Robert Browning, los baladíes de Mallarmé y los meramente cargosos de Góngora".²¹

Y si alguna duda quedaba de su defensa de la lengua nacional, en un artículo irresistiblemente cómico y a la vez muy insolente, replica a América Castro, que escribió un libro sobre el habla rioplatense:

No menos falsos son "los graves problemas que el habla presenta en Buenos Aires". He viajado por Cataluña, por Andalucía, por Castilla, he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid: tengo gratisimos recuerdos de esos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda). El doctor Castro nos imputa arcaísmos. Su método es curioso: descubre que las personas más cultas de San Mamed de Puga en Orense han olvidado tal o cual acepción de tal o cual palabra; inmediatamente resuelve que los argentinos deben olvidarla también... El español es facilísimo. Sólo los españoles lo juzgan arduo: tal vez porque los turban las atracciones del catalán, del bable, del mallorquín, del galaico, del vascuence y del valenciano; tal vez por un error de la vanidad; tal vez por cierta dureza verbal (confunden acusativo y dativo, dicen *le mató* por *lo mató*, suelen ser incapaces de pronunciar

²⁰ Jorge Luis Borges, "Séneca en las orillas", en *Sur*, núm. 1 (1931), pp. 175-176.

²¹ *Ibid.*, p. 179.

Atlántico o *Madrid*, piensan que un libro puede sobrellevar este ca-cofónico título: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*).²²

Por su condena de las pretensiones hispánicas e hispanizantes, Borges retoma una célebre posición frente al problema en el siglo XIX argentino: la de Domingo Faustino Sarmiento y la de Juan María Gutiérrez; posición que puede resumirse en tres puntos: a) independencia intelectual respecto de España; b) autonomía frente a sus tradiciones; c) libertad en el uso de la lengua española.

Es quizá por esta relación que no implica "impotencia" o dificultad problemática frente a la lengua nativa que Borges puede enunciar o resolver, de esta manera, el problema de la relación con una cultura "exterior":

Todo lo que hagamos con felicidad los escritores argentinos pertenecerá a la tradición argentina, de igual manera que el hecho de tratar temas italianos pertenece a la tradición de Inglaterra por obra de Chaucer y de Shakespeare.

Aunque la crítica a la simpleza de esta "solución" sería tema para otro artículo...

²² Jorge Luis Borges, "Los libros. Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*", *Sur*, núm. 86 (1941), p. 68.